



AIBR  
**Revista de Antropología  
Iberoamericana**  
[www.aibr.org](http://www.aibr.org)  
**Volumen 18**  
**Número 3**

Septiembre - Diciembre 2023  
Pp. 507 - 531

Madrid: Antropólogos  
Iberoamericanos en Red.  
ISSN: 1695-9752  
E-ISSN: 1578-9705

**«Aunque piensen que no, tú lo llevas dentro»:  
Tierra, familia y economía moral en los procesos  
de desagrarización**

**Marc González-Puente**  
Universitat Rovira i Virgili  
[marc.gonzalez@urv.cat](mailto:marc.gonzalez@urv.cat)

**Recibido:** 03.03.2022  
**Aceptado:** 15.09.2022  
**DOI:** 10.11156/aibr.180304

## RESUMEN

Este artículo aborda las dimensiones socioculturales de la tierra en los procesos de desagrarización familiar, una realidad invisibilizada bajo los enfoques economicistas de las transformaciones agrarias. Analizamos los valores, deberes e imaginarios sobre la tierra en distintas generaciones de familias con explotaciones vitícolas gestionadas a tiempo parcial en la región del Penedès (Catalunya). Las decisiones sobre las tierras de la familia y sus orientaciones futuras están regidas no solo por estructuras de mercado, sino por el parentesco y los códigos morales de filiación y mutualidad. La tierra heredada se sigue transmitiendo como patrimonio inalienable cuya venta se percibe ilegítima, incluso en generaciones ya desagrarizadas. En un contexto de creciente mercantilización, los valores, deberes morales y afectos sobre la tierra familiar no disminuyen, sino que, bajo una economía moral contingente, comprometen los procesos de desagrarización y la acumulación capitalista. A pesar de la desagrarización familiar, existen resistencias culturales a abandonar la producción agraria como forma de vida, reflejando unos ideales culturales y un vínculo con la tierra intensos, incrustados en el parentesco, difíciles de cambiar y desacompañados con la rápida erosión material de las estructuras agrarias. La desagrarización sociocultural es más lenta que la económica.

## PALABRAS CLAVE

Desagrarización, parentesco, economía moral, patrimonio familiar, agricultura a tiempo parcial.

## ***“EVEN IF THEY THINK NOT, YOU CARRY IT INSIDE”: LAND, FAMILY AND MORAL ECONOMY IN DE-AGRARIANISATION PROCESSES***

## ABSTRACT

This article deals with the socio-cultural dimensions of land in family de-agrarianisation processes, an invisible reality under economic approaches to agrarian transformations. We analyse the values, duties, and imaginaries about land in different generations of families that run wine farms in Penedès region (Catalonia). Decisions about the family's land and its future orientations are ruled not only by market structures but by kinship and the moral codes of filiation and mutuality. Inherited land is still transmitted as an inalienable patrimony which cannot be freely disposed of and whose sale is perceived as illegitimate, even by de-agrarianised generations. In a context of growing commodification, values, moral duties, and affections to the family's land do not diminish, but instead, under a contingent moral economy, compromise the de-agrarianisation and capitalist accumulation. Despite family de-agrarianisation, there are cultural resistances to abandoning agrarian production as a way of life. These resistances reflect intense cultural ideals and bonds with the land, that are difficult to change, embedded in kinship and out of step with the rapid material erosion of agrarian structures. Sociocultural de-agrarianisation is slower than the economic one.

## KEY WORDS

De-agrarianisation, kinship, moral economy, family heritage, part-time farming.

Este artículo ha sido realizado bajo el programa de doctorado en Antropología y Comunicación de la Universitat Rovira i Virgili y financiado por el programa de ayudas a la investigación Martí Franqués. Ref: 2019PMF-PIPF-64.

## 1. Introducción

Los impactos de las transformaciones agrarias contemporáneas han sido ampliamente abordados por autores como Edelman (2005), Friedmann (2005), o Bernstein, Friedmann, van der Ploeg, Shanin y White (2018), entre otros. Sus puntos en común reflejan la persistencia, hibridación y pérdida de autonomía de las unidades productivas en el capitalismo. También la incrustación de las explotaciones agrarias familiares en cadenas de valor global cada vez más largas e insostenibles. La intensificación, especialización y dimensionado de las explotaciones, la caída generalizada de las rentas agrarias y el creciente acaparamiento de propiedad y producción bajo procesos globales de desagrarización y acumulación.

Bryceson (1997), Soronellas (2012), Hebinck (2018) o Camarero (2017) hablan de la desagrarización desde la erosión de la agricultura como actividad articuladora de relaciones sociales, políticas y económicas. La desagrarización refleja el desacoplamiento de la diada agricultura-ruralidad, siendo el principal concepto explicativo de los cambios rurales contemporáneos y conteniendo en sí mismo tanto el desplome de las estructuras agrarias en términos de ocupación, número de activos y explotaciones, como los nuevos procesos concatenados de cambio: nuevas actividades económicas y formas de organización, nuevas movilidades, identidades y regímenes de exclusión fruto del nuevo reparto territorial de las vulnerabilidades (Camarero, de Grammont y Quaranta, 2020).

Los procesos de desagrarización son entendidos como fenómenos globales (Camarero, de Grammont y Quaranta, 2020) ligados a la intensificación del capitalismo. Si bien son fenómenos generalizados, comúnmente caracterizados desde enfoques cuantitativos y económico-estructurales, a escala doméstica o familiar, las (dis)continuidades agrarias no solo obedecen a presiones socioeconómicas estructurales, ni pueden comprenderse únicamente desde esta mirada, sino que se negocian desde el seno de las familias donde la agricultura y el patrimonio familiar devienen un conjunto de disposiciones, habilidades y valores, que generan ocupación, pero también deberes, expectativas, identidad, estatus y capital simbólico (Bourdieu, 2007; De Haan, 1994; Kuehne, 2013). Tal multidimensionalidad debe tenerse en cuenta al abordar la toma de decisiones sobre la tierra y el devenir de las explotaciones en la desagrarización,

pues supera los principios de la acumulación material para imbricarse con vínculos simbólico-culturales complejos, sistemas familiares, códigos morales, valores y normas sociales (Conway, McDonagh, Farrell y Kinsella, 2016).

Sin negar el papel director de las presiones estructurales sobre los sistemas agrarios, este artículo pretende ir más allá del mercado como eje explicativo de la desagrarización, para explorar los factores sociales y culturales que intervienen en la toma de decisiones sobre la tierra, así como las relaciones, vínculos y obligaciones de distintas generaciones de familias dedicadas a la agricultura. También pretendemos comprender las contradicciones entre la inalienabilidad de la tierra y su mercantilización en el contexto de la desagrarización, lo que otorga distintos significados y regímenes de valor al patrimonio familiar. Por último, ahondaremos en la economía moral como concepto explicativo de las ideologías, deberes, valores y expectativas sobre la tierra. A nuestro parecer, estas dimensiones, invisibilizadas por las políticas públicas basadas en los criterios hegemónicos del capitalismo, son imprescindibles para comprender los procesos de desagrarización y de acumulación de propiedad y producción. También sus fuerzas inductoras y sus resistencias desde la microescala.

## 2. Sistemas familiares en transformación

Hasta bien entrado el siglo XX *la casa* fue la unidad social dominante de la sociedad agraria catalana. La familia troncal, como unidad de producción, se organizaba alrededor de la casa, que incluía personas, tierras, edificios y todo el patrimonio familiar vinculado a unos derechos, un nombre y un capital simbólico (Bestard, 1986; Comas d'Argemir y Soulet, 1993). De este modo, la casa era donde confluían y encajaban las distintas formas de capital reconocidas por Bourdieu (2007). La propiedad individual y la herencia indivisa masculina sirvieron para reproducir este sistema de casas (Augustins, 1993), que, asentado sobre el patriarcado agrario, garantizaba el cumplimiento de su principio legitimador básico: la perpetuación del patrimonio familiar (Augustins, 1993; Barrera, 1993; Montesinos, 2017). Partiendo de la continuidad necesaria y del principio de inalienabilidad del patrimonio, las prácticas y normas que reproducían este modelo evitaban la fragmentación de la propiedad y alentaban la conservación del nombre familiar sobre la tierra a través de una percepción transgeneracional de la propiedad (Comas d'Argemir, 1991; Evans, 2009; Flemsæter y Setten, 2009). Como dice De Haan (1994: 9): «*la casa se refiere a una forma compleja de organización so-*

*cial, encarnada y simbolizada por una entidad espacial y material. La casa personifica el vínculo entre los vivos y los muertos, entre las generaciones pasadas y futuras, y le da a la familia una identidad en el tiempo y el espacio».*

Mediante una organización social jerarquizada, donde interseccionan el género y el parentesco como sistemas de distribución de roles económicos y domésticos (Collier y Yanagisako, 1987), un único hombre devenía sucesor agrario y heredero, transfiriéndosele la propiedad de los medios de producción básicos para reproducir la vida doméstica y mantener el estatus familiar (Augustins, 1993; Barrera, 1993; Bourdieu, 2007). La casa, como institución y modelo referencial, representaba los ideales culturales y la lógica reproductiva de las familias, persistiendo como principio organizador de la interacción social, del trabajo, de las estrategias hereditarias y del sistema de valores (Comas d'Argemir y Soulet, 1993; Moncusí, 2010). Tal y como dice Augustins (1998: 40): *«Siempre que haya un sucesor y no se cometa una locura irreparable (como vender o dividir parte de la tierra) una casa es una entidad casi indestructible».*

Diversos autores han abordado las discontinuidades de este sistema familiar para mostrar cómo las estrategias de sucesión y herencia mutan con nuevas exigencias económicas, patrones demográficos e intereses familiares bajo el capitalismo (Montesinos, 2017). Moncusí (2010) observa que la centralidad del patrimonio familiar se erosiona mientras que el sistema de herencia indivisa deja de ser una realidad institucionalizada, pues pierde sentido en unos sistemas agrarios sin sucesores. Bajo la salarización, modernización y desagrarización, la tierra pasa a regirse por su valor de cambio, siendo frecuente su división y mercantilización. En esta transición hacia un sistema familiar basado en la parentela, el patrimonio familiar se desarticula, dejando de ser la piedra angular que mantiene cohesionado al grupo doméstico (Moncusí, 2010; Montesinos, 2017; Pujadas, Soronellas y Casal, 2007).

Como sugieren De Haan (1994) y Moncusí (2010), a pesar del cambio de modelo familiar y de las transformaciones agrarias contemporáneas, existen aspectos simbólicos relacionados con la pertenencia, la identificación y el reconocimiento social que pueden persistir, desplegando una cierta continuidad de las lógicas del sistema de casas. También continuarían las prestaciones personales asociadas a las relaciones de parentesco y una memoria genealógica y deuda moral que todavía caracteriza las relaciones de filiación y las prácticas hereditarias en una dialéctica constante entre parentesco y propiedad (Flemsæter y Setten, 2009; Sahllins, 2011).

### 3. Sobre mercancías y propiedades inalienables

Interrogarnos sobre las discontinuidades del sistema de casas y el principio de perpetuar el patrimonio familiar invita a plantearnos la configuración de la inalienabilidad y mercantilización de las tierras de familias agrarias en contextos de desagrarización. En este sentido, Richardson y Weszkalnys (2014) proponen profundizar en la construcción sociocultural de los recursos naturales y su relevancia más allá de su significación como mercancía. Narotzky y Besnier (2014), Godelier (2000) o Polanyi (2007) también abordan la necesidad de plantear las tensiones entre mercantilización/inalienabilidad de lo material, sus formas de valor y su incrustación en relaciones sociales que las mercantilizan.

Weiner (1992) señala que las categorías «inalienable» y «mercancía» son situadas y cambian a nivel histórico, espacial y sociocultural. No obstante, la oposición entre ambas condiciones de la propiedad está fuertemente arraigada en el Norte global, donde aquello heredado es mayormente percibido como inalienable. Esta situación refleja el poder de las relaciones de parentesco y los códigos morales de filiación, pues aún en un presente marcado por la sobreacumulación capitalista, las relaciones familiares muestran un cierto potencial para resignificar una sustancia dentro de una línea patrimonial, otorgándole una identidad propia que la aleja de los circuitos de la mercantilización (Bestard, 1986; Ferry, 2002; Weiner, 1992).

Siguiendo a Weiner (1992), Salazar (1999) considera que la tierra familiar es una propiedad inalienable, pero también una mercancía sujeta a un proceso de abstracción y homogeneización (Richardson y Weszkalnys, 2014). Por otro lado, observando la tierra desde la biografía cultural de las cosas (Appadurai, 1991), las tierras de la familia están significadas por la memoria de los antepasados, lo que les otorga identidades únicas y las convierte en objeto biográfico (Alonso, 2017). De este modo, la tierra como patrimonio familiar queda excluida del orden abstracto de la mercancía, convirtiéndose en inalienable para sus propietarios y desalentando culturalmente su venta, de manera que «*la tierra se hereda por ser inalienable y es inalienable porque se hereda*» (Salazar, 1999: 63). Para el autor, la condición de inalienabilidad se incorpora a la tierra mientras conforma unidades de producción capitalista, de manera que la tierra de las explotaciones agrícolas jamás abandonaría su naturaleza híbrida y contradictoria como mercancía y propiedad inalienable al mismo tiempo. Asumiendo este entrelazamiento entre regímenes de valor, proponemos tener la mirada abierta sobre ambas categorías y aceptar su fluidez para poner el foco sobre los procesos socioculturales complejos por los que las

personas clasifican el mundo material y toman decisiones sobre él (Ferry, 2002).

#### 4. Tierra y economía moral

Los apartados anteriores apuntan a la existencia de economías morales complejas que, a través de derechos, deberes y expectativas, distinguen entre lo legítimo y lo ilegítimo respecto a la propiedad de la tierra y el devenir de las explotaciones (Hermann, 2015). Por *economía moral* nos referimos al análisis de las obligaciones, responsabilidades, valores morales y normas culturales inherentes que guían las acciones y la toma de decisiones de las actividades económicas (Arnold, 2001; Scott, 1976; Thompson, 1971). El concepto de *economía moral* ha emergido como alternativa a la racionalización economicista del comportamiento humano (Narotzky y Besnier, 2014) y ha sido utilizado, en lo que aquí corresponde, en el análisis del campesinado y de los desequilibrios consustanciales a los sistemas agroalimentarios globales (Edelman, 2005; Homs y Martínez, 2021; Hossain y Kalita, 2014; Scott, 1976).

De acuerdo con Palomera y Vetta (2016: 5): «*La fuerza de esta perspectiva radica en su capacidad para resaltar las lógicas y valores ambiguos que guían y mantienen las prácticas de subsistencia, observando los campos dinámicos de lucha alrededor de los límites de lo que es bueno y aceptable, sus jerarquías de poder y los proyectos políticos que podrían informar*».

La economía moral involucra procesos dinámicos de negociación, confrontación y competencia (Hossain y Kalita, 2014), de manera que se encuentra en constante redefinición por parte de distintos actores cuyas prácticas y moralidades cambian, pudiendo mantener relaciones de afinidad, disimilitud o enfrentamiento respecto a la moralidad capitalista. Como subrayan Homs y Martínez (2021) y Palomera y Vetta (2016), lejos de ser una fuerza independiente, la economía de mercado sigue sus propios valores, significados y sistemas morales en un escenario donde toda economía es economía moral.

En línea con la perpetuación del patrimonio familiar, Salazar (1999), Kuehne (2013) y Hermann (2015) argumentan que las explotaciones agrícolas encarnan moralidades que van más allá de la eficiencia y racionalidad del «homo economicus». La tierra actúa como base material de identidades intergeneracionales, ideologías, valores y relaciones sociales que sobrepasan la acumulación de capital, entrelazando las necesidades y responsabilidades de los actores humanos y no hu-

manos dentro de lo socialmente apropiado en cada contexto (Hermann, 2015; McEwan y Goodman, 2010). Estas premisas reflejan cómo ciertos valores y normas alientan la retención de la tierra en propiedad, como bien patrimonial, capital simbólico y significativo de la comunidad de parentesco (Evans, 2009; Flemsæter y Setten, 2009; Salazar, 1999). De este modo, la economía moral que subyace en la tierra se presenta como un elemento central para comprender las relaciones socioculturales de distintas generaciones familiares en el contexto de la desagrarización.

## 5. Metodología y casos de estudio

Se ha utilizado el método etnográfico bajo una perspectiva procesual-intergeneracional. La recogida de información ha consistido en observación no participante<sup>1</sup> y entrevistas en profundidad a diecisiete informantes intergeneracionales vinculados a cinco explotaciones vitícolas (Figura 1) que fueron seleccionadas mediante la técnica «bola de nieve». Todas las explotaciones son de pequeño tamaño y están organizadas en régimen de agricultura a tiempo parcial (ATP), combinando el trabajo agrícola con una ocupación principal fuera del sector agrario. La ATP se considera una adaptación al sistema agroindustrial a través del desplazamiento de la actividad agraria como estrategia productiva familiar y puede relacionarse con procesos tempranos de desagrarización familiar (González-Puente, 2022). La selección de casos ha buscado su significatividad para reflejar la diversidad de situaciones constatadas en el territorio respecto a la trayectoria y orientaciones futuras de las explotaciones. Para cubrir las casuísticas más comunes, las variables de selección contemplaron la forma de organización, la edad de los jefes de explotación, su género, la existencia de descendientes, la propiedad de tierras, la operatividad de la explotación y el relevo generacional.

Los actuales jefes de explotación constituyen la primera generación familiar en adoptar ATP. En la E1 y E5, los jefes de explotación trabajaron en el sector administrativo, mientras que los jefes del resto de explotaciones se incorporaron al sector industrial. Respecto al relevo agrario, en la E2 ya se está produciendo, siendo este el único caso en el que todas las generaciones de la familia residen en la propiedad. En la E3 el relevo se

---

1. La observación se desarrolló de forma precientífica, fruto de experiencias profesionales del autor en el sector agrario del Penedès. Permitted construir las preguntas de investigación, identificar las casuísticas principales de las explotaciones, y empezar a explorar las variables socioculturales que interseccionan el patrimonio familiar.

proyecta idealmente en estrategias de diversificación a tiempo parcial. El resto de las explotaciones no cuentan con relevo planificado o han sido desarticuladas (E5). Más allá de los jefes de explotación, la estrategia de campo ha incluido a sus hijos/as y algunos cónyuges y nietos, para obtener información desde distintas generaciones, percepciones y cuotas de participación.

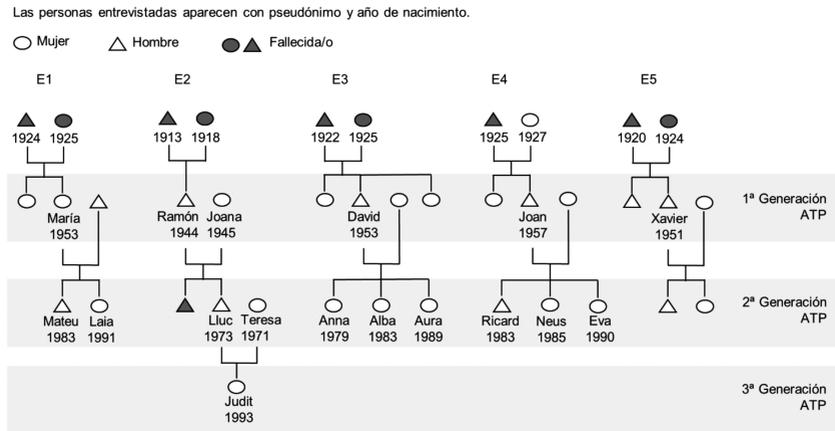
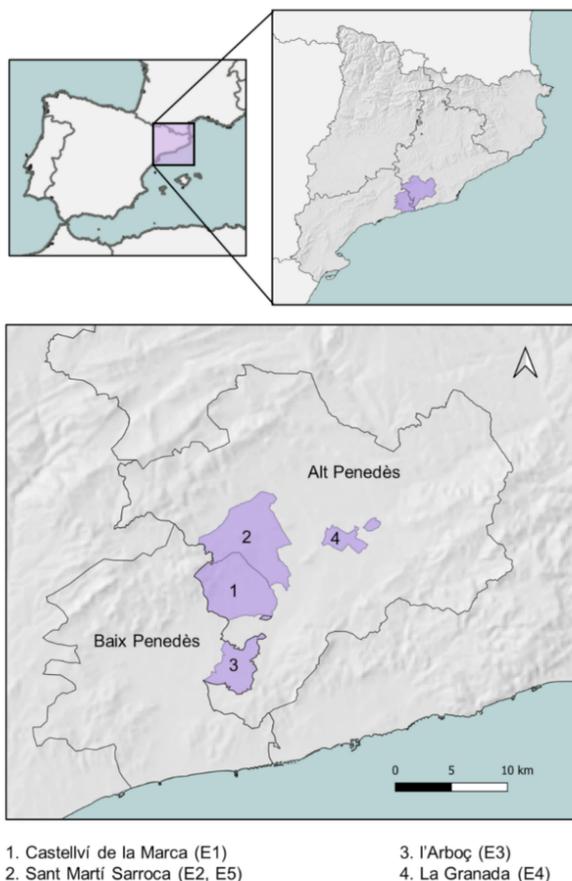


Figura 1: Genograma simplificado de las explotaciones analizadas. Elaboración propia.

El área de estudio se sitúa en Catalunya, en las comarcas del Alt y Baix Penedès (Figura 2). Ambas cuentan con una importante especialización vitivinícola, representando el 40% del viñedo catalán (INE, 2022). Entre 1982 y 2020, las explotaciones con superficie agraria útil disminuyeron un 45% en el territorio (IDESCAT, 2009; INE, 2022) acusando una preocupante falta de relevo familiar. Desde los años 1970, la desagrarización económica se refleja en el auge de estrategias a tiempo parcial (Saumell, 2004), el resurgimiento del cooperativismo agrario y la transformación de una viticultura progresivamente globalizada y subordinada a otras actividades. También refleja unas explotaciones envejecidas, masculinizadas, tecnificadas y defamiliarizadas que, en su mayoría, no superan las 10 ha. de superficie (INE, 2022). Paralelamente, mientras pequeñas explotaciones desaparecen, la superficie de tierra concentrada en personas jurídicas (27,3%) crece incesantemente (INE, 2022), bajo lo que se ha considerado una reforma agraria inversa (Saumell, 2004).



**Figura 2:** Situación geográfica de los casos analizados. Elaboración propia.

## 6. Miradas socioculturales sobre la desagrarización familiar

### 6.1. Mantener el nombre de la familia en la tierra

Las distintas generaciones de ATP se muestran portadoras de lo que definen como una «responsabilidad histórica» sobre la tierra familiar que modela sus discursos, prácticas y planificaciones futuras. El principio legitimador del sistema de casas orientado a perpetuar el patrimonio familiar continúa en los casos analizados a pesar de i) encontrarse bajo proce-

sos de desagrarización y desfamiliarización de la agricultura, ii) la erosión de la casa como institución y principio organizador, iii) la ausencia de presiones explícitas para continuar trabajando en la explotación o mantener su propiedad y iv) contar con una ocupación principal no agraria. Un caso paradigmático que muestra esta responsabilidad interiorizada es el de Judit (E2). La relación con la tierra de esta tercera generación de ATP ocupada fuera del sector agrario va más allá de la libertad de elección que perciben sus progenitores, quienes han reproducido estrategias heredadas de ATP. Madre e hija dialogan sobre el carácter y la etiología de esta responsabilidad:

Yo creo que inconscientemente hay una responsabilidad como descendiente, creo que esto comporta sin querer una responsabilidad que nadie me la ha impuesto desde fuera, pero yo sola, desde dentro, sí me la he impuesto (Judit, E2).<sup>2</sup>

Pero esta responsabilidad que dices es por tu parte... Nosotros en ningún momento te hemos inculcado: no vendas las tierras, o el día de mañana haz esto o aquello... (Teresa, E2).

No, no. Lo sé, lo sé. No digo que vosotros me lo hayáis inculcado, digo que indirectamente el hecho de saber que vienes de aquí... creo que sí te da una cierta responsabilidad. No es buena o mala... o quizás yo, porque de forma de ser también soy así, pero sí que creo que hay una responsabilidad de: bueno, a mí me sabría muy mal si dentro de un tiempo tuviera que terminar vendiendo algo para vivir. Me sabría peor emocionalmente que materialmente [...] No me sentiría mal por una pérdida de: «*ob, he perdido estas hectáreas que me dan este dinero*». Para mí sería más pérdida de: «*Me hubiera gustado mantener esto porque emocionalmente creo que no debería dejarlo marchar*» (Judit, E2).

Si bien su madre enfatiza la ausencia de expectativas sobre ella, Judit refleja cómo el deber de mantener el nombre familiar en la tierra sigue vigente en unos ideales culturales característicos del sistema de casas que perviven como marco referencial a pesar de los procesos de transición al capitalismo y de los cambios en los sistemas familiares (De Haan, 1994; Moncusí, 2010). Si bien la informante percibe estos ideales como internos e innatos, su construcción responde a la coerción invisibilizada del parentesco y a unos principios ideológicos asentados sobre diferencias de poder dentro de la familia (Augustins, 1993; Barrera, 1991). En este contexto, la tierra materializa la dominación de las voluntades por parte del parentesco bajo una naturalización que obedece al concepto de *violencia sim-*

---

2. Citas traducidas del original en catalán.

*bólica* acuñado por Bourdieu (1999) de manera que el vínculo incuestionable de la familia y la tierra está completamente normalizado.

Esta persistencia de algunos elementos del sistema de casas se ha visto reforzada por la reproducción de prácticas asociadas a la unidad de producción familiar como el trabajo doméstico intergeneracional, la socialización en la tierra desde la infancia y la distribución diferencial del conocimiento agrario. Como señala Mateu (E1), estos factores cobran un papel relevante en la construcción de unos imaginarios que apuntalan la tierra como lugar y bien inalienable, así como vínculo transgeneracional, propiedad ideal y mecanismo de identificación (Cassidy y McGrath, 2014; Hermann, 2015).

Mi abuelo cuando necesitaba manos, pues me venía a buscar a mí. Y yo lo vivía bien eh [...] Ahora entiendo más a mi madre y entiendo más a mi abuelo. Esta parte emocional en el momento en que empiezas a cavar con una azada automáticamente vuelve, o se potencia... coges conciencia en este sentido y yo creo que te crea aún más ese vínculo que dices: «*hostia... lo que hacía nuestro abuelo, todo lo que llegaba a hacer nuestro abuelo por él, y por el territorio y por el pueblo y por todo lo que sea*». Cuando te pones a hacerlo, te das cuenta más que nunca (Mateu, E1).

Como subraya Montesinos (2017), los cambios en la familia se correlacionan con presiones estructurales, creencias culturales y fuerzas político-económicas que alientan nuevas prácticas y creencias sobre la sucesión. Con los cambios socio-materiales del capitalismo tardío y la desfamiliarización de la agricultura (González y Gómez-Benito, 2000) la herencia indivisa masculina deja de tener sentido, como también deja de tenerlo la familia troncal y el sistema de casas. No obstante, el trabajo familiar y los conocimientos sobre la tierra siguen interseccionados por el género y el orden genealógico señalando de nuevo una continuidad simbólica de la familia troncal y un reparto de roles domésticos pautado por el parentesco (Collier y Yanagisako, 1987; Montesinos, 2017). Si bien Mateu (E1) participaba activamente del trabajo familiar, su hermana menor fue excluida de buena parte de estas tareas. Lógicas similares de inclusión/exclusión también se encuentran en otras explotaciones como en la E4, donde ha sido el hermano varón quien ha tenido mayor contacto con el patrimonio familiar. Ricard (E4) conoce todos los viñedos, su toponimia, localización, historia biográfica y distintas prácticas agrícolas, lo que le erige en responsable involuntario de guardar y transmitir la memoria agraria familiar. En cambio, sus hermanas menores fueron excluidas de las prácticas y conocimientos necesarios para gestionar la explotación.

Yo no tengo ni idea... como mucho sabría decir dónde están dos de los viñedos de casa. No sé nada de las tierras ni de cómo llevarlas. Ahora... ¿Por qué no sé nada? Yo supongo que porque me llevo más años con mis hermanos. Y también porque mi hermano se ha quedado a vivir al lado de casa. Es decir, hay una fidelidad familiar y de hombre... curiosa. En cambio, las chicas hemos dicho: *«aquí no nos quedamos que nos morimos»* (Eva, E4).

Lejos de ser arbitraria, esta distribución de roles está ligada a la persistencia del heredero-sucesor de la familia troncal que incluso en los casos mencionados en los que no se prevé mantener la actividad agraria (E1, E4), se proyecta simbólicamente sobre el hijo varón de mayor edad, generando asimetrías respecto el resto de las descendientes (Barrera, 1993). También, a diferencia de lo constatado por Pérez-Soriano (2013) en áreas rurales periféricas, en el Penedès, el auge vitivinícola, la industrialización, las infraestructuras de transporte y la proximidad a dos áreas metropolitanas han facilitado la retención de población. Con ello, también se ha facilitado el contacto continuado con la familia y su patrimonio, o, como muestra la cita anterior, una migración femenina a ciudades cercanas, que a pesar del desarraigo instrumental (Pérez-Soriano, 2013), conserva relaciones sociales y un vínculo cultural con el pueblo, la familia y el modo de vida agrario.

El compromiso de filiación con la familia es un factor central para explicar la transmisión generacional de las explotaciones (De Haan, 1994), pero también lo es cuando no hay relevo agrario, pues los mismos ideales culturales siguen activos cuando se transmite la propiedad sin la actividad agraria, obedeciendo al ideal cultural de perpetuar el patrimonio familiar, proteger los intereses de la casa y la integridad del linaje (Barrera, 1993; Bourdieu, 2007; Comas d'Argemir, 1991). A pesar de la desagrarización familiar y las nuevas formas de parentela, la tierra sigue creando parentesco, dando sentido y materializando los códigos morales de mutualidad y filiación y vehiculando las relaciones familiares que estructuran la institución genealógica (Legendre, 1996; Sahlins, 2011).

Como sugiere Neus (E4), segunda generación de ATP y residente en Barcelona: *«La tierra ha marcado las dinámicas de la familia, forma parte de la cultura familiar, forma parte de la familia, forma parte de cómo nos hemos estructurado. Yo creo que hay un punto que sí, que nuestra vida familiar ha dependido totalmente de esto. Los viñedos forman parte de lo que somos nosotros»*. Esta percepción apunta a la importancia de relaciones dialécticas que persisten entre los miembros del grupo doméstico y la tierra como espacio, pero también como mecanismo de inscripción de identidades (Liaudat, 2019; West, 2005). A pesar de los cambios en las estructuras familiares, del distanciamiento geográfico y de la falta de re-

levo en las explotaciones, la tierra sigue siendo el lugar donde se hacen presentes las personas que conforman el linaje patrimonial: el presente, el pasado y la proyección de futuro (Augustins, 1993; De Haan, 1994).

Estos resultados reflejan la perpetuación de ciertos elementos simbólicos y socioculturales del sistema de casas, aun cuando parecen obsoletos bajo la desagrarización, cuando ya no hay necesidad de conservar la explotación operativa (Moncusí, 2010; Montesinos, 2017). La desagrarización familiar toma forma en paralelo a la adopción de un sistema familiar basado en la parentela, mientras que refleja las dificultades para reproducir las relaciones económicas y sociales que sostenían los modelos culturales de generaciones pasadas. A pesar de cambios claros en los sistemas familiares y en las lógicas del parentesco como instrumento jurídico, las relaciones de las familias con la tierra reflejan que estas transiciones, lejos de ser lineales y totalizantes, generan transformaciones, (dis)continuidades y persistencias (Godelier, 2000). Los vínculos entre personas y tierra y la voluntad de mantener su propiedad en la familia muestran que el parentesco como práctica y discurso sigue activando un conjunto de disposiciones a través de potentes vínculos de filiación y lealtad orientados a finalidades concretas (Nash, 2005). Aunque invisibilizados y naturalizados, estos vínculos transgeneracionales siguen generando identidad y modelando las decisiones sobre la tierra y la actividad agraria más allá del mercado, buscando retener la propiedad de la tierra y con ella la imagen de estabilidad y cohesión de la casa como grupo social (Comas d'Argemir, 1991; Kuehne, 2013).

## 6.2. Significados y sistemas de valor del patrimonio familiar

En primera instancia, los agricultores a tiempo parcial se refieren a la tierra en propiedad a través de su valor de cambio, como parte de unidades productivas capitalistas. Si bien perciben la tierra como algo poco valorado económicamente, también le atribuyen potencial para amortiguar inestabilidades socioeconómicas venideras (Salazar, 1999). Como señala María (E1): «*La tierra es algo que es tuyo, que da tranquilidad por si ocurre cualquier cosa, que no te la pueden quitar*»; y David (E3): «*En el futuro a esta tierra podrás sacarle un rendimiento o la podrás vender mucho más cara porque la gente buscará esto para subsistir. Porque no sabemos lo que puede ocurrir, pueden pasar cosas muy graves*».

Esta percepción de la tierra como recurso económico frente a un futuro incierto, actúa en realidad como mecanismo de retención del patrimonio, pues refleja una utilización de la lógica capitalista para terminar obedeciendo a las instituciones y funciones sociales en las que la tierra se

incrusta (Godelier, 2000; Polanyi, 2007), apuntando de igual forma al deber de conservar su propiedad. A pesar de esta primera aproximación, la lógica con la que se valora la tierra sobrepasa los códigos del mercado para regirse de nuevo por lo que ocurre en el seno de las familias (De Haan, 1994).

Al profundizar en este imaginario, la tierra adopta significados heterogéneos, mostrando cómo no toda la tierra en propiedad tiene el mismo reconocimiento, distinguiendo entre aquella tierra comprada de aquella heredada como patrimonio familiar. Ambas categorías conllevan obligaciones morales distintas: mientras la tierra comprada es percibida como una mercancía que ha permitido dimensionar las explotaciones al ritmo de la modernización, la tierra familiar se asocia a la reciprocidad generalizada, a la línea patrimonial, a la identidad, al estatus, y a la singularización de cada pieza de tierra a través del trabajo de los ancestros (Hermann, 2015; Kuehne, 2013; Salazar, 1999). Unas características, que como muestra la siguiente cita, convierten la tierra en propiedad inalienable y soporte de la memoria genealógica.

La tierra que heredas sabes que alguien la ha comprado, sabes que alguien ha hecho lo que ha podido. No sé cómo, pero lo han comprado y tiene una historia [...] tampoco piensas mucho: «¡Ostras, que es algo sagrado!» No... pero mira, es la costumbre, es algo que... un ADN que llevas dentro. La tierra es un bien que casi no se puede vender, lo que recibes de legado sabe mal venderlo. Ahora, lo que has comprado es diferente... yo lo miro diferente porque no tienes ninguna responsabilidad histórica [...] la tierra heredada no la vendería si no fuera muy necesario. La gente compra tierra y vende como si fueran acciones de una empresa... la tierra comprada es un valor que al fin y al cabo... sobre lo que has comprado no tienes ninguna responsabilidad (Joan, E4).

Los agricultores desean conservar la propiedad de la tierra heredada y transmitirla a la siguiente generación siguiendo la tradición y el principio de mantener el nombre de la familia en la tierra. Tanto si se prevé relevo agrario como si no, la primera generación de ATP no suele concebir el derecho a disponer de la tierra familiar si no es por una necesidad imperante (Flemsæter y Setten, 2009; Salazar, 1999), algo que, al contar con una ocupación principal ajena al sector agrario, no suele ocurrir. También, el rol de la tierra como unidad ideal y lugar dificulta culturalmente su venta, pues actúa como soporte material de identidades transgeneracionales, ideologías, valores y relaciones sociales, las cuales dictaminan su circulación y, por tanto, su inalienabilidad (Bourdieu, 1999; Salazar, 1999). En cambio, la tierra adquirida por la actual generación de agricultores tendría una menor carga moral y una biografía social desligada de

la línea patrimonial, siendo más susceptible de ser mercantilizada de nuevo. Bajo estas premisas, la mercantilización de la tierra se contempla por los agricultores analizados como algo ilegítimo, algo que rompe con el principio de mantener el nombre en la tierra, el cual es un silogismo de su propia inalienabilidad (Salazar, 1999).

Una de las familias objeto de estudio ha decidido vender las tierras del patrimonio familiar, dando cuenta de cómo el principio de inalienabilidad se amolda a circunstancias concretas (Ferry, 2002; Weiner, 1992). Después de haber rechazado la opción de vender, Xavier (E5) y su hermano cambiaron de opinión y vendieron las tierras en 2020. Este caso ilustra la desarticulación de las explotaciones sin relevo y la contradicción existente entre tener la tierra como patrimonio inalienable o por su valor de cambio.

Mi hermano a principios del año pasado dijo: *«esto me interesaría venderlo porque esto no...»* él lo había consultado con sus hijos a ver si lo querían —sus hijos que son mayores que los míos—. Y dice que le dijeron que no. Y dice: *«Más vale que nos lo vendamos»*. Y mira, pues lo hemos hecho de esta manera [...] al principio no quise, pero después sí. Porque ¿sabes qué pasa? que yo también tengo artritis y tengo un poco la salud un poco de esto... Y para mí también era un trasiego ir cada dos por tres a la masía y ocuparme de si ahora aquí, de si ahora hay hierbas allá [...] Para nosotros fue como un alivio que lo comprara este, que se interesara y nos lo comprara, porque primeramente como ya trabajaba la tierra y sabíamos que él, pues eso lo compraba, pero no habría ningún cambio ni nada... Para nosotros fue como un comprador de quilómetro cero, porque como él vive allí mismo también... (Xavier, E5).

En este caso la mercantilización ha venido motivada por la jubilación, la falta de relevo agrario y los problemas de salud que dificultan la gestión del patrimonio. Un motivo de peso ha sido tener la oportunidad de vender la tierra a alguien de confianza, un vecino que ya la trabajaba en régimen de parcería. A pesar de haber decidido vender, existe preocupación por el impacto que la transacción pueda tener sobre sus tierras, mostrando responsabilidad más allá de la propiedad y la voluntad de que la tierra siga cuidada y sin cambios (Cassidy y McGrath, 2014; Hermann, 2015; Xu, Li, Hay, Zou, Tu y Wang, 2019). Lo que obvia la cita anterior, es que el comprador referido es el impulsor de uno de los mayores conglomerados agroalimentarios de Catalunya, una situación paradigmática de la reforma agraria inversa que vive este territorio (Saumell, 2004) y que supone la desarticulación de las pequeñas explotaciones. Un caso más de acumulación de tierras y capacidad productiva propia de los procesos globales de desagrarización, redefinidores de lugares, identidades y formas de vida (Camarero, de Grammont y Quaranta 2020).

Los resultados muestran que una misma sustancia natural es valorada simultáneamente de maneras diversas (Ferry, 2002; Strang, 2004). La tierra aparece incrustada en relaciones sociales y prácticas de creación de valor medible y no medible, encontrándose entre sistemas de valor incomparables bajo el mercado (Narotzky y Besnier, 2014; Polanyi, 2007). También muestran que la construcción de la tierra como patrimonio inalienable sigue sujeta al parentesco, de manera que lo que marca la inalienabilidad es su identidad singular y acumulativa en el contexto de una línea patrimonial concreta (Augustins, 1993; Weiner, 1992). Curiosamente, los agricultores a tiempo parcial y sus descendientes siguen siendo reticentes a vender sus tierras, aun cuando ha dejado de ser su medio de vida y no cuentan con relevo generacional.

En el contexto de la desagrarización, la inalienabilidad de la tierra ya no sirve para garantizar la reproducción social del grupo, pero persiste para transmitir su valor simbólico como componente principal del capital social, la identidad y la posición social (Bourdieu, 2007; Weiner, 1992). En unos paisajes culturales de viñedo que albergan complejos significados simbólicos (Cárdenas, 2016), los grupos familiares siguen percibiendo la tierra como un eje esencial de la identidad transgeneracional (Cassidy y McGrath, 2014; De Haan, 1994; Kuehne, 2013).

### 6.3. Economía moral de los procesos de desagrarización familiar

El imperativo moral de conservar la explotación operativa para asegurar nuevos ciclos de reproducción se reorienta en la desagrarización, de manera que, en las explotaciones sin relevo agrario, las segundas generaciones de ATP pretenden conservar la propiedad de la tierra, pero no el trabajo en la explotación, el cual se extinguirá con la jubilación de sus progenitores. No obstante, las citas siguientes muestran cómo segundas generaciones de ATP despliegan relaciones económicas con la tierra todavía incrustadas en el parentesco. Para los miembros más jóvenes, futuros herederos del patrimonio familiar, la familia sigue siendo la institución que construye los valores, significados, prácticas y expectativas respecto a la tierra, incluso cuando se han desvinculado del trabajo y del modo de vida agrario (Godelier, 2000; Palomera y Vetta, 2016; Polanyi, 2007). Como exponen los hermanos integrantes de la segunda generación en la E1: «Yo no tengo vínculo emocional con la tierra, pero sí con mi madre. Y si [vender la tierra] tiene que comportar darle un disgusto, pues quizás no lo harás» (Laia, E1). «Mi madre, aunque no fueran rentables estas tierras, querría conservarlas porque son de hace no sé cuántas generaciones de la familia. Yo también tendría la misma sensación [...] yo tengo un

*vínculo emocional con estas tierras, pero además estoy convencido de que si mi madre me dice: “Yo no quiero que se vendan nunca estas tierras”, no las venderás ni de coña»* (Mateu, E1). Tampoco en la E4 plantean la venta de la tierra a pesar de la desagrarización de segundas generaciones: *«Hay un punto en que sería muy extraño para mí que no hubiera viñas nunca más [...] ¿Por qué venderlo? Son los viñedos, forman parte de lo que somos nosotros y me gustaría más tenerlos que no que desaparezcan del todo»* (Neus, E4).

Estos discursos apuntan a obligaciones de filiación proyectadas en el carácter inalienable del patrimonio, en la responsabilidad de conservarlo y cuidarlo. A pesar de una distribución de roles diferenciada por el género, esta economía moral es percibida de forma similar entre ambos géneros de segundas generaciones, lo cual remite a prácticas diferenciadas con relación a la explotación, pero a unos objetivos, normas sociales y deberes sobre el devenir del patrimonio familiar compartidos. Para todos ellos, cuidar la tierra conservando su propiedad deviene una forma de materializar la lealtad y las responsabilidades hacia la generación anterior. De esta forma, la tierra vehicula la moral de la filiación y le da sentido práctico y simbólico cuando estos códigos morales se proyectan sobre el sistema de gestión patrimonial (De Haan, 1994; Flemsæter y Setten, 2009). Esta situación da cuenta de dos cosas: primero del cuidado de la tierra familiar como un componente más de la «mutualidad del ser» referida por Sahllins (2011: 11) para explicar el vínculo que une a las personas emparentadas *«cuyas vidas están unidas y son interdependientes»*. También explica la influencia de un imaginario campesino flexible, que adopta distintas identidades y funciones sociales y productivas en contextos postindustriales (Kearney, 1996), adaptándose a nuevas condiciones estructurales a través de procesos de redefinición (Bryceson, 2000).

En este sentido, en la E3 se proyecta un relevo generacional bajo la fórmula de combinar la ATP y la elaboración de vino a pequeña escala. Como miembro de la segunda generación, Alba (E3), ambientóloga formada en agricultura ecológica y vitivinicultura, ha recuperado junto a su padre la elaboración doméstica de vino. Su deseo es profesionalizar esta elaboración y conectar las distintas fases del proceso productivo bajo una misma familia y un mismo patrimonio, rescatando y materializando el imaginario campesino del que habla Bryceson (2000). Ella ha visto en la elaboración de vino un contexto de oportunidad, puesto que el patrimonio familiar le proporciona todo lo necesario para conjugar el cumplimiento de las obligaciones morales-familiares con su formación e intereses profesionales. Se produciría pues, con Alba, un relevo generacional que ha

incorporado al trabajo familiar nuevas tareas de bodega bajo una mirada «reconciliadora» sobre la tierra.

Yo creo que siempre tenía cómo... incluso me había planteado en su momento estudiar enología. Quiero decir que ya era algo que decía: *«ostras es que es algo que tengo aquí y no tengo ni idea. Y me gustaría incluso...»* Pero claro, a la vez no tenía... a pesar de tener tierras en casa, era muy difícil conocer [...] al final también te vinculas a lo que acabas haciendo. No es solo ir a vendimiar, que es lo que hacíamos antes, que íbamos allí como unos... Es que nada. Nada de nada. Era... íbamos a hacer de peones de una cadena de montaje industrial [...] para mí ha sido como una reconciliación ahora hacer vino porque le he encontrado un sentido (Alba, E3).

Las segundas generaciones de ATP ven en la filiación un factor esencial para explicar su vínculo con la tierra. En cambio, sus progenitores se ven a sí mismos como una generación que rompió con las maneras de trabajar de sus padres y que entienden que sus prácticas y valores están a medio camino entre la anterior generación campesina y unas segundas generaciones, sus hijos e hijas, que perciben desvinculadas de la tierra y su moralidad.

El que no lo ha crecido con ello, como no lo ha vivido... [...] no, no, no... ya no tiene la historia de antes. Ellos lo darán a trabajar [a otros] y dirán: *«bueno, aquí ¿qué plantamos?»* Y ellos no sabrán [...] Es que es normal. Si conservan la propiedad tendrán una cosa de más, y si no se lo venden ellos, se lo venderán otros, pero esto ya ha pasado... (Joan, E4).

Joan (E4) naturaliza la desconexión de sus descendientes con la tierra, así como la eventual venta del patrimonio familiar. Este discurso contrasta con Flemsæter y Setten (2009), quienes señalan que, a menudo, los propietarios expresan expectativas de continuidad para las obligaciones del parentesco proyectadas sobre su propiedad. No obstante, los descendientes de Joan (E4) se ven a sí mismos y no a su padre, como generación frontera entre prácticas y modelos culturales, de manera que una cierta continuidad existe. Ellos no sienten la obligación de conservar el trabajo agrario, pero reconocen haber heredado un vínculo con la tierra que definen como una carga y que, a través de unos códigos morales, los conducirán a mantener la propiedad de la tierra independientemente de su trabajo: *«Es una carga el tema de la cultura esta payesa de no sé qué, de tal, de sufrir... Que sí que la acabas sintiendo como un peso de... no sé, supongo que cada uno lo vive diferente pero el tema de la responsabilidad familiar esta [...] como el peso de la conciencia, es como... no sé, aunque piensen que no, tú lo llevas dentro»* (Neus, E4).

Al igual que sus progenitores, las segundas generaciones perciben que los valores y deberes sobre la tierra corren el riesgo de desaparecer en generaciones venideras, como también la ATP, la socialización en el campo, el trabajo familiar, los conocimientos agrarios y, en definitiva, el apego a las tierras de la familia: «*Yo todavía me siento ligado emocionalmente con esto. Claro, yo entiendo que mi hija, si todo evoluciona normal, ella no creo que tenga este vínculo emocional. Porque no ha tenido que ir [al viñedo] no irá... bueno, vete a saber, pero en principio no tendrá que ir*» (Ricard, E4). Dado el dinamismo y la constante negociación de las economías morales (Hossain y Kalita, 2014; Scott, 1976; Thompson, 1971), las segundas generaciones auguran un viraje hacia nuevos valores y significados en unas generaciones futuras que perciben desvinculadas del patrimonio familiar y que fácilmente podrían pasar de desafiar la acumulación de capital a reforzarla (Homs y Martínez, 2021; Palomera y Vetta, 2016), a través de la venta del patrimonio. Ejemplo de ello es la E5, donde se ha vendido el patrimonio familiar a alguien de confianza que, a pesar de ser latifundista, cumple con las expectativas familiares sobre su cuidado. La transacción ha servido para alinear las estrategias de mercado con un cumplimiento de las normas de la comunidad adaptado al contexto de desagrarrización, en una nueva integración moral de la economía (Homs y Martínez, 2021).

En el resto de casos, a pesar de las evidentes continuidades socioculturales, primeras y segundas generaciones de ATP piensan respectivamente que son las últimas en conservar valores que configuran una economía moral que les mantiene vinculados a la tierra. Esto refleja que el contexto de creciente acumulación y mercantilización no conlleva una disminución de las relaciones sostenidas por el afecto y las obligaciones morales (Palomera y Vetta, 2016) y, como sugiere Bryceson (2000), que el arraigo cultural y simbólico de la actividad agraria sigue siendo profundo en nuevos contextos económicos y materiales a través de prácticas naturalizadas.

La desagrarrización facilita la erosión del vínculo sociocultural entre personas y tierra y viceversa (González-Puente, 2022). No obstante, en el estado inicial de desagrarrización en el que se encuentran las familias que conservan su tierra, esta desvinculación no se ha producido. A pesar de redirigir las estrategias laborales fuera del sector agrario, las segundas generaciones despliegan una economía moral movilizada por el parentesco que todavía les empuja a conservar dicho vínculo cultural. Esto es relevante para comprender las dinámicas de la desagrarrización, pues las dimensiones domésticas y culturales sobre la tierra se transmiten verticalmente a través de normas sociales difíciles de cambiar, de manera que sus

transformaciones son lentas (De Haan, 1994). Asimismo, esto refleja, como apuntaba Augustins (1993), la continuidad de los ideales culturales. Una persistencia transgeneracional desacompañada con los rápidos ajustes ocupacionales, económicos y materiales que caracterizan los procesos globales de desagrarización.

## 7. Conclusiones

*«Las mercancías se aceleran a los tiempos del mercado solo cuando se cortan los vínculos anteriores» (Tsing, 2021).*

Nuestro análisis muestra que las relaciones de las personas con la tierra han de ser tenidas en cuenta para interpretar los procesos de desagrarización y acumulación. La etnografía de experiencias familiares de (des)agrarización nos ayuda a comprender que estos procesos son económicos, pero también socioculturales. El principio de mantener el nombre familiar en la tierra perdura, señalando la continuidad de un imaginario y unos ideales culturales que, contruidos desde el parentesco y los deberes de la filiación, perfilan las relaciones económicas, morales y simbólicas que las personas tienen con la tierra. A pesar de las transformaciones agrarias y de los cambios en los sistemas familiares, conservar la propiedad de la tierra sigue siendo una responsabilidad familiar.

La inalienabilidad de la tierra de la familia persiste porque es el soporte esencial de la identidad de la comunidad de parentesco en el presente, pasado y futuro. La tierra, como patrimonio inalienable, ya no asegura nuevos ciclos familiares de producción y reproducción, pero en el contexto de la desagrarización familiar, la transmisión de la propiedad dentro de una línea patrimonial adquiere un valor simbólico e identitario relevante. A pesar de la erosión del trabajo y del modo de vida agrarios y de una creciente sobreacumulación capitalista, la relación de las familias con sus tierras sigue basándose en ideales, sentimientos y obligaciones morales que rigen la toma de decisiones en los casos abordados.

Los procesos de desagrarización familiar, leídos desde la pérdida de vínculo sociocultural con la tierra y los cambios en las identidades agrarias, se conforman más lentamente que la desagrarización «estadística» o «económica» reflejada en el tránsito de los habitantes rurales hacia actividades no agrarias. Todo ello denota distintos ritmos de desagrarización, pues a pesar de los mencionados cambios en las estrategias productivas, observamos que los ideales culturales que inciden sobre los esquemas reproductivos y los vínculos con la tierra son difíciles de cambiar, de manera que su continuidad intergeneracional es intensa. Los procesos de

desagrarización son complejos y esconden múltiples dimensiones, significados, trayectorias y ritmos.

La economía moral de primeras y segundas generaciones de ATP ofrece en la mayoría de casos resistencias culturales a la desagrarización y acumulación y, en definitiva, a la penetración de algunos aspectos del neoliberalismo en la esfera económica y doméstica de las familias agrícolas. Los casos dan cuenta de una economía moral contingente y situada, vehiculada por la filiación y la mutualidad y donde los sistemas de valores, contextos materiales y situaciones personales están en constante negociación entre generaciones. La mayoría de los casos analizados todavía despliegan una economía moral que ofrece algunas resistencias al abandono de la producción agraria. Incluso cuando ya se ha desencadenado la desagrarización familiar y las nuevas generaciones ya no se ocupan en el sector agrario, se observan resistencias a vender las tierras de la familia y a desvincularse de la actividad.

Este artículo muestra que, en un contexto de intensificación capitalista, existen valores, deberes morales y normas sociales que influyen en la toma de decisiones sobre la tierra, más allá de su valor de mercado y, a menudo, en un sentido contrario a este. En familias con actividad agraria, la tierra es un elemento esencial de la identidad parental, por lo que ciertas obligaciones sobre este patrimonio familiar persisten y se proyectan incluso en las generaciones ya desagrarizadas. Unas lógicas socioculturales invisibles, que deben ser tenidas en cuenta ante la hegemonía de las explicaciones economicistas.

## Referencias

- Alonso, N. (2017). Unas cuantas cosas. Objetos biográficos y experiencias migratorias. Tesis doctoral no publicada. Departament d'Antropologia, Filosofia i Treball Social. Universitat Rovira i Virgili.
- Appadurai A. (1991). Introducción: las mercancías y la política del valor. En *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. A. Appadurai, Ed. México D.F: Editorial Grijalbo.
- Arnold, T. (2001). Rethinking moral economy. *American Political Science Review*, 95(1): 85-95.
- Augustins, G. (1998). La perpétuation des groupes domestiques. Un essai de formalisation. *L'Homme*, 148: 14-45.
- Augustins, G. (1993). Du système à maison au système à parentèle. En *La família als Pirineus. Aspectes jurídics, socials i culturals de la vida familiar: continuïtats i canvis*. D. Comas d'Argemir, y J. Soulet, Eds. Andorra la Vella: Conselleria d'Educació, Cultura i Joventut Govern d'Andorra.

- Barrera, A. (1993). Sucesión unipersonal y familia troncal en cataluña y el Norte de la Península Ibérica. En *La família als Pirineus. Aspectes jurídics, socials i culturals de la vida familiar: continuïtats i canvis*. D. Comas d'Argemir, y J. Soulet, Eds. Andorra la Vella: Conselleria d'Educació, Cultura i Joventut Govern d'Andorra.
- Bernstein, J.; Friedmann, H.; van der Ploeg, J.D.; Shanin, T. y White, B. (2018). Forum: Fifty years of debate on peasantries, 1966-2016. *The Journal of Peasant Studies*, 45(4): 689-714.
- Bestard, J. (1986). *Casa y familia. Parentesco y reproducción social en Formentera*. Palma de Mallorca: Institut d'Estudis Balearics.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Bryceson, D. (2000). Disappearing peasantries? Rural labour redundancy in the neo-liberal era and beyond. En *Disappearing peasantries? Rural labour in Africa, Asia and Latin America*. D. Bryceson, C. Kay, y J. Mooij, Eds. London: ITDG.
- Bryceson, D. (1997). De-agrarianisation in Sub-Saharan Africa. En *Farewell to Farms: De-agrarianisation and Employment in Africa*. D. Bryceson y V. Jamal, Eds. Aldershot: Ashgate.
- Camarero, L. (2017). Trabajadores del campo y familias de la tierra. Instantáneas de la desagrarización. *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 23: 163-195.
- Camarero, L.; de Grammont, H.C. y Quaranta, G. (2020). El cambio rural: una lectura desde la desagrarización y la desigualdad social. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 38: 191-211.
- Cárdenas, F. (2016). El signo paisaje cultural desde los horizontes de la antropología semiótica. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 11(1): 105-129.
- Cassidy, A. y McGrath, B. (2014). The relationship between 'Non-successor' farm offspring and the continuity of the Irish family farm. *Sociologia Ruralis*, 54(4): 399-416.
- Collier, J.F. y Yanagisako, S.J. (1987). *Gender and kinship: essays toward a unified analysis*. California: Stanford University Press.
- Comas d'Argemir, D. (1991). Casa y comunidad en el Alto Aragón. Ideales culturales y reproducción social. *Revista de Antropología Social*, 0: 131-150.
- Comas d'Argemir, D. y Soulet, J. (1993). La família als Pirineus. Prefaci. En *La família als Pirineus. Aspectes jurídics, socials i culturals de la vida familiar: continuïtats i canvis*. D. Comas d'Argemir, y J. Soulet, Eds. Andorra la Vella: Conselleria d'Educació, Cultura i Joventut Govern d'Andorra.
- Conway, S.F.; McDonagh, J.; Farrell, M. y Kinsella, A. (2016). Cease agricultural activity forever? Underestimating the importance of symbolic capital. *Journal of Rural Studies*, 44: 164-176.
- De Haan, H. (1994). *In the Shadow of the Tree. Kinship, Property and Inheritance among Farm Families*. Amsterdam: Het Spinhuis.
- Edelman, M. (2005). Bringing the Moral Economy Back in... to the Study of 21st Century Transnational Peasant Movements. *American Anthropologist*, 107(3): 331-335.
- Evans, N. (2009). Adjustment strategies revisited: agricultural change in the Welsh Marches. *Journal of Rural Studies*, 25: 217-230.

- Ferry, E.E. (2002). Inalienable Commodities: The Production and Circulation of Silver and Patrimony in a Mexican Mining Cooperative. *Cultural Anthropology*, 17(3): 331-358.
- Flemsæter, F. y Setten, G. (2009). Holding property in trust: kinship, law, and property enactment on Norwegian smallholdings. *Environment and Planning*, 41: 2267-2284.
- Friedman, H. (2005). Feeding the empire: the pathologies of globalized agriculture. *Socialist register*, 41: 124-143.
- Godelier, M. (2000). *Cuerpo, parentesco y poder. Perspectivas antropológicas y críticas*. Quito: Abya-Yala.
- González, J.J. y Gómez-Benito, C. (2000). Profesión e identidad en la agricultura familiar española. *Revista Internacional De Sociología*, 58(27): 41-69.
- González-Puente, M. (2022). Viticultura a tiempo parcial de segunda generación. (Dis)continuidades agrarias en el Penedès postindustrial (España). *AGER: Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 34: 105-134.
- Hebinck, P. (2018). De-/re-agrarianisation: Global perspectives. *Journal of Rural Studies*, 61: 227-235.
- Hermann, A. (2015). Enchanting resilience: Relations of care and people-place connections in agriculture. *Journal of Rural Studies*, 42: 102-111.
- Homs, P. y Martínez, B. (2021). Dignidad y precio justo: Las economías morales de la agricultura y la ganadería en la era de la agro-industria. *Disparidades. Revista De Antropología*, 76(1): e006.
- Hossain, N. y Kalita, D. (2014). Moral Economy in a Global Era: The Politics of Provisions During Contemporary Food Price Spikes. *Journal of Peasant Studies*, 41(5): 815-831.
- IDESCAT (2009). Cens Agrari 1982-1999-2009. En [https://www.idescat.cat/pub/?id=censa\\_g&n=105#Plegable=geo](https://www.idescat.cat/pub/?id=censa_g&n=105#Plegable=geo).
- INE (2022). Censo Agrario 2020. En <https://www.ine.es/dynt3/inebase/index.htm?padre=8301&ccapsel=8369>.
- Kearney, M. (1996). *Reconceptualizing the peasantry: anthropology in global perspective*. New York: Routledge.
- Kuehne, G. (2013). My decision to sell the family farm. *Agriculture and Human Values*, 30: 203-213.
- Legendre, P. (1996). *El inestimable objeto de la transmisión*. Madrid: Siglo XXI.
- Liaudat, M.D. (2019). «¿Los sin tierra?» La relevancia de la tierra en las identificaciones de los actores del agro pampeano. *Huellas*, 23(1): 27-47.
- McEwan, C.; Goodman, M.K. (2010). Place geography and the ethics of care: introductory remarks on the geographies of ethics, responsibility, and care. *Ethics, Place & Environment*, 13(2): 103-112.
- Moncusí, A. (2010). Memoria oral del modelo de familia troncal en Els Ports de Morella: tensiones, cambios y continuidades para una generación de ruptura. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 65(2): 359-388.
- Montesinos, L. (2017). La crisis del caserío vasco y del sistema de herencia indivisa. En *Múltiples Caras de la Herencia*. D.M. Zorrilla y M. Vial-Dumas, Coords. Barcelona: Huygens Editorial.

- Narotzky, S. y Besnier, N. (2014). Crisis, value, and hope: Rethinking the economy: An introduction to Supplement 9. *Current Anthropology*, 55(S9): S4-S16.
- Nash, C. (2005). Geographies of Relatedness. *Transactions of the Institute of British Geographers, New Series*, 3(4): 449-462.
- Palomera, J. y Vetta, T. (2016). Moral Economy: Rethinking a Radical Concept. *Anthropological Theory*, 16(4): 413-432.
- Pérez-Soriano, J. (2013). ¿Por qué se van? Mujeres de pueblo y desarraigo en la ruralidad Valenciana. *Encrucijadas*, 6: 101-116.
- Polanyi, K. (2007) [1944]. *La gran transformación*. Madrid: Ediciones Endymion.
- Pujadas, J.J.; Soronellas, M. y Casal, G. (2007). *Cada casa és un món. Família, economia i arquitectura a la Cerdanya*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Richardson, T. y Weszkalnys, G. (2014). Resource materialities. *Anthropological Quarterly*, 87: 5-30.
- Sahlins, M. (2011). What kinship is (part one). *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 17(1): 2-19.
- Salazar, C. (1999). Tierra, herencia y patrimonio familiar: Un análisis cultural de los bienes inalienables en la Irlanda rural. En *Antropología de la transmisión hereditaria*. Y. Daiyun, A. Le Pichon, y J.A. Fernández de Rota, Coords. A Coruña: Universidade da Coruña.
- Saumell, A. (2004). El cooperativisme vitivinícola i els processos de modernització agrària al Penedès (1960-2002). *Recerques*, 49: 97-132.
- Scott, J.C. (1976). *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Heaven: Yale University Press.
- Soronellas, M. (2012). De la agricultura a la ruralidad. Estructura agraria, migraciones y globalización en Cataluña. *História: Questões & Debates*, 56: 13-36.
- Strang, V. (2004). *The Meaning of Water*. Oxford: Routledge.
- Thompson, E. (1971). The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century. *Past and Present*, 50: 76-136.
- Tsing, A. (2021). *La seta del fin del mundo*. Madrid: Capitán Swing.
- Weiner A. (1992). *Inalienable Possessions: The Paradox of Keeping-While-Giving*. Berkeley: University of California Press.
- West, P. (2005). Translation, value, and space: theorizing an ethnographic and engaged environmental anthropology. *American Anthropologist*, 107: 632-642.
- Xu, G.; Li, Y.; Hay, I.; Zou, X.; Tu., X. y Wang, B. (2019). Beyond Place Attachment: Land Attachment of Resettled Farmers in Jiangsu, China. *Sustainability*, 11: 420.

